

LAS RELACIONES INTERGENERACIONALES EN EL MARCO DE LA FAMILIA CONTEMPORÁNEA: CAMBIOS Y CONTINUIDADES EN TRANSICIÓN HACIA UNA NUEVA CONCEPCIÓN DE LA FAMILIA

Maria Antonia Gomila

Institut d'Infància i Món Urbà (Barcelona)

El aumento de la ruptura e inestabilidad conyugal, la aparición de nuevos vínculos de parentesco, la entrada generalizada de la mujer en el mercado de trabajo y la redistribución de los roles sexuales en el ámbito doméstico, la diversificación de las formas familiares, etc. han supuesto una transformación de la familia y de las relaciones familiares. El modelo de familia nuclear ha dejado de ser el modelo simbólico por el que la familia se pensaba y las relaciones sociales en el interior de la familia también se han transformado. La fragilidad del vínculo conyugal ha dado como resultado unos vínculos más basados en el afecto y la búsqueda del bienestar emocional que en la reproducción de un patrimonio¹, mientras, por otra parte, la recomposición familiar ha dado lugar a la generalización de unos vínculos, que si bien existían, eran concebidos de otra manera. Las relaciones entre los mismos cónyuges se han individualizado y democratizado² y las relaciones entre las generaciones también se han visto afectadas. Sin embargo, ello no ha significado un debilitamiento de las relaciones intergeneracionales³. Bien al contrario, las condiciones demográficas actuales han venido a provocar un aumento de las relaciones entre generaciones que no se producían en el pasado. La relación entre abuelos y nietos, y hasta entre bisabuelos y bisnietos, ha dado paso a un ámbito de interacción entre generaciones mucho más frecuente de lo que había

¹ E. Beck-Gernsheim, *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Paidós. Barcelona, 2000.

² F. de Singly, *Le soi, le couple et la famille*. Nathan, Paris, 2002.

³ M. Segalen, *Sociologie de la famille*, Armand Colin, Paris, 1981

sido tan solo dos generaciones atrás, simplemente por el hecho de que las opciones de los niños nacidos en los años 30 de conocer a sus abuelos y convivir o mantener una relación con ellos eran mucho más reducidas de las que tienen los jóvenes del siglo XXI. Actualmente, las relaciones entre padres, hijos y abuelos son, durante un largo periodo de tiempo, relaciones entre adultos⁴. Por otra parte, el aumento de la esperanza de vida ha hecho emerger un grupo de población mayor con condiciones físicas y recursos económicos y de tiempo que les permiten ofrecer ayuda a las otras generaciones. De hecho, una gran proporción de personas mayores de 65 años proporciona ayuda tanto a las generaciones más jóvenes como a las más mayores.

De la misma manera que la idea de la desaparición de la familia no tiene ningún fundamento, tampoco hoy nadie piensa que el estado del bienestar ha substituido la función de la familia en la asistencia de los miembros más débiles de la sociedad generando como consecuencia, una falta de implicación de las familias. Precisamente hoy, más que nunca, la familia constituye la fuente de ayuda más importante no solo en los casos de deterioro de las condiciones físicas o psíquicas de la persona, sino también en cuanto al soporte emocional, social y económico de los individuos. Los numerosos estudios gerontológicos realizados en Europa indican que, incluso en países con sistemas de protección social públicos fuertes y que destinan gran cantidad de recursos económicos a la asistencia de la población dependiente, la familia sigue ocupando un lugar crucial en el bienestar de estas personas⁵. No hablemos pues, de la importancia de las redes de solidaridad familiar en países, como el nuestro, con un sistema público de protección familiar muy débil⁶. No podemos obviar, sin embargo, que se han producido cambios muy importantes en el ámbito de la familia y de las relaciones familiares que han provocado también una modificación de las condiciones en que la familia presta ayuda a sus miembros dependientes y que suscita enormes interrogantes sobre el futuro de la asistencia. Al margen de los factores demográficos, un cambio muy

⁴ Sin embargo, tampoco parece que esta situación se convierta en estable, ya que a unas esperanzas de vida muy elevadas se acompaña una muy baja fecundidad y sobre todo, un cada vez más tardío edad de acceso a la maternidad, que hace cuestionar que estas relaciones entre abuelos y nietos se puedan mantener dentro de unas cuantas generaciones.

⁵ K. Waerness, «Informal and formal care in old age. What is wrong with the new ideology in Scandinavia today?» a C. Ungerson, (ed.), *Gender and Caring. Work and Welfare in Britain and Scandinavia*, . Harvester& Wheatsheaf, 1990

⁶ Por ejemplo, la solidaridad familiar tiene especial relevancia en un contexto de aumento de los hogares monoparentales generados por la ruptura matrimonial, que son hogares con un elevado riesgo de pobreza.

significativo ha sido la desaparición de un modelo tradicional de relación social entre los sexos basado en la división de los roles tanto en el ámbito público como en el privado y un cambio en la posición de la mujer en la sociedad, y por tanto, también en la familia. Así, si la vida privada se ha democratizado, la mujer ha ido ganando terreno fuera del ámbito doméstico incorporándose de forma masiva al mundo laboral y al ámbito social externo y aunque la participación masculina en el ámbito doméstico y en la esfera privada no se ha llevado a cabo al mismo ritmo, el cambio de los patrones femeninos ha exigido a la par que favorecido un cambio no solo de comportamientos sino también de actitudes entre la población masculina. Los «nuevos» modelos de paternidad y una mayor (aunque todavía tímida) participación de los hombres en las tareas domésticas no dejan de ser un reflejo de estos cambios. La redistribución de roles pasa más por la negociación⁷ que por la aceptación/asunción de la tradición y ello genera necesariamente cambios en el planteamiento y en la organización misma de la asistencia de las personas mayores dependientes. Sin embargo, es precisamente en el ámbito de la asistencia de las personas mayores dependientes donde la participación masculina sigue siendo menor. La ayuda a la mujer como cuidadora no ha venido tanto de una mayor implicación de los parientes masculinos sino precisamente de la intervención pública. La ayuda institucional en la asistencia de ancianos es considerada, de cada vez menos, una opción para casos especiales, como lo era a mediados del siglo XX y la gente mayor y sus familiares no se limitan a recibir estos servicios, sino que solicitan de forma activa recibir asistencia pública⁸. La creciente demanda de servicios asistenciales, que se traduce en enormes listas de espera, es una buena muestra de ello.

Paralelamente a estas transformaciones en las relaciones familiares y en las condiciones que afectan su organización y desarrollo, encontramos también un cambio en los elementos ideológicos que las definen. La concepción de la asistencia no es la misma ni de una sociedad a otra ni de una época a otra, ya que es el reflejo de una determinada concepción social de la familia, de las relaciones familiares, de las relaciones de género y también de los cambios que éstas han experimentado a lo largo del tiempo. La idea que una sociedad tiene sobre la familia configura unas determinadas actitudes y formas de percibir las relaciones de solidaridad entre generaciones, que define tanto las motivaciones por asistir a alguien como

⁷ J. Finch y J. Mason, *Negotiating Family Responsibilities*, Routledge/Tavistock, London/NY, 1993.

⁸ Cl. Attias-Donfut, (dir.) con la colaboración de A. Rozenkier, *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, état*, Nathan, Paris, 1995.

las expectativas que uno mismo se hace de ser asistido en el futuro. En el interior de la familia, las distintas generaciones interactúan, se relacionan y establecen un tipo de relaciones sociales que comportan un intercambio: de servicios, de afecto, de bienes. Son unas relaciones marcadas por las nociones de responsabilidad y obligación, además de por sentimientos de amor⁹ y afecto, y también, por la negociación y el conflicto.

La articulación del estudio de la asistencia de las personas mayores dentro del marco de la transformación de los vínculos familiares y las relaciones intergeneracionales constituyen el motor de este artículo. A partir del análisis etnográfico de las relaciones familiares que establecen un grupo de individuos de 3 generaciones en la ciudad de Palma de Mallorca, el centro de interés de este estudio está en el análisis del cambio de valores, actitudes y modelos relacionales que se manifiestan tanto explícita como implícitamente en los comportamientos y de cada generación cuando se enfrenta a la dependencia de las personas mayores.

Sin embargo, si por una parte hablamos de cambio en las relaciones familiares, por otra debemos también hablar de continuidades, de persistencia de algunos elementos sobre los que se construye la solidaridad familiar que se van adaptando a las transformaciones.

El interés por conocer cómo se concibe la prestación de ayuda en una sociedad está muy ligado a la organización y gestión de la estructura asistencial de los estados a través de las políticas sociales y sanitarias. En el siglo XXI ya no puede hablarse de asistencia a personas mayores teniendo únicamente en cuenta a la familia. El éxito o la aceptación social de los dispositivos asistenciales que ponen en marcha los estados depende, en gran medida, de que estos mismos estados comprendan lo que significa la asistencia en su propia sociedad, y por ello, no puede ir desligada de la concepción que la sociedad tiene de la familia y de las relaciones intergeneracionales. En el caso español, el déficit en servicios y medidas de protección familiar que resulta de la aplicación de un modelo de estado del bienestar fuertemente familista, no queda más remedio que ser suplido por la red familiar¹⁰. Sin embargo, si el concepto de asistencia en España está todavía muy asociado a la familia y a las relaciones de solidaridad entre sus miembros, la realidad evidencia que la asistencia familiar está, en muchos

⁹ No es gratuita la calificación de la asistencia como «trabajo por amor» (J. Finch y G. Groves, «Community care and the family: a case for equal opportunities?» *Journal of Social Policy* 9/4, 1980.)

¹⁰ X. Roigé, «Canvis en la família i relacions intergeneracionals», a L. Flaquer (coord) *Informe sobre la situació de la família a Catalunya. Un intent de diagnòstic*. Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2002

casos, muy lejos de cubrir las expectativas de las generaciones mayores de ser asistidos por sus descendientes. A pesar de que se piensa en el altruismo y el amor como elementos fundamentales en la asistencia, éstos no son siempre los sentimientos —al menos no los únicos— que definen los vínculos entre generaciones. La idea de negociación, tan utilizada en la literatura anglosajona, así como la de reciprocidad, define bien los elementos sobre los que se construyen las responsabilidades familiares. Son pues estas «normas de juego» las que determinan, en gran medida, las actitudes de unas y otras generaciones ante la asistencia. Bien entendido, a todos estos condicionantes internos de las relaciones entre individuos de la misma familia, se añaden las condicionantes externas —demográficas, socio-laborales, políticas, etc.— en las que cada generación está inmersa, y que determinan las posibilidades de cubrir las expectativas de asistencia de las generaciones más mayores, al mismo tiempo que definen el modelo asistencial dominante, contribuyendo, a la vez, a un cambio en las actitudes y visión que estas generaciones más mayores tienen sobre la asistencia.

La Solidaridad familiar: Expectativas y motivaciones

A pesar de la indiscutible importancia de la ayuda pública, la asistencia familiar se fundamenta esencialmente en la solidaridad intergeneracional. La percepción social de una y otra es muy distinta, ya que mientras que las relaciones familiares son consideradas incondicionales, las motivaciones del estado son percibidas como variables e inseguras por cuanto están en función de la situación económica¹¹. Si bien, por un lado, se dice que los factores que ocasionan las transformaciones de la estructura de la familia no hacen sino reducir su capacidad de seguir proporcionando ayuda «incondicional» a sus miembros¹², por otra parte, se continúa hablando de la existencia de vínculos estrechos entre las generaciones familiares, así como del mantenimiento de unas intensas relaciones entre los miembros de la familia, más allá de estas transformaciones en su forma y contenido¹³. Estas intensas relaciones afectivas se crean a base de com-

¹¹ L. Roussel, «La solidaridad intergeneracional. Ensayo de perspectivas», *REIS* 70, 1995, p. 22

¹² Envejecimiento de la población y aumento de la coexistencia entre las generaciones, inestabilidad económica y laboral, divorcio y nuevos vínculos de parentesco, etc.

¹³ De las muchas referencias que existen sobre este tema, ver Cl. Attias-Donfut, «Le système de protection sociale créateur de lien social entre générations», *Retraite et société*, n.º 18, 1997; Cl. Attias-Donfut, N.Lapierre, M.Segalen, *Le nouvel esprit de famille*. Ed Odile Jacob. Paris, 2001; V.L. Bengtson, C. Rosenthal, y L. Burton, «Paradoxes of Families and Aging»,

partir tiempo, actividades e intereses, pero sobre todo, se fortalecen con el intercambio de ayuda, de servicios y bienes materiales, tanto de las generaciones más mayores hacia las más jóvenes como de las más jóvenes a las más mayores. De hecho, las relaciones sociales entre los miembros de la familia se establecen, en gran parte, en términos de solidaridad, que Pitrou define como «el conjunto de dispositivos/comportamientos que aseguran la redistribución o el intercambio de bienes y servicios destinados a mantener a los miembros de una comunidad (en este caso la familia). Implica, por tanto, una consciencia de pertenencia común que crea deberes de reciprocidad, no solo en caso de necesidad, sino para un mejor bienestar continuo»¹⁴. Así pues, la solidaridad familiar se construye a base de una mezcla de sentimientos y de obligaciones, de derechos y de deberes, de coacciones formales e informales que se concretizan en el intercambio recíproco de servicios, bienes y sentimientos¹⁵.

Naturalmente, las relaciones intergeneracionales están determinadas por las condiciones demográficas, económicas, sociales, políticas, etc. de cada momento histórico. Sin embargo, éstas condiciones influyen más la forma que los principios sobre los que la solidaridad se construye. Con las transformaciones de la sociedad moderna y la emergencia del individuo como referencia en las relaciones familiares, el intercambio de ayuda y el tipo de relaciones entre las generaciones ha tomado otras formas, sin suponer, sin embargo, un debilitamiento de dichas relaciones.

La incorporación generalizada de las mujeres de las dos últimas generaciones adultas y un todavía precario sistema de prestación de ayuda pública, ha generado la necesidad de desarrollar estrategias dentro del propio grupo familiar para poder compatibilizar el trabajo con las funciones domésticas, sobre todo, de las mujeres. La práctica, nada infrecuente, de ir a comer a casa de los padres después del trabajo y no a su propia casa es un ejemplo, como también lo es el cuidado de los nietos por parte de los abuelos. Si bien la asistencia de niños menores de 6 años en guarderías y escuelas se ha generalizado y las administraciones públicas y privadas ofrecen cada vez más servicios y de mayor calidad, también es cierto que

a RH.Binstock y E. Shanas (eds.) *Handbook of Aging and Social Sciences*, IV Edition. Academic Press, 1995; J. Kellerhals, J. Coenen-Huther, M. von Allmen, y H.-M.Hagmann, «Les formes du réseau de soutien dans la parenté» a Cl. Attias-Donfut, (dir.) con la colaboración de A. Rozenkier, *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, état*, Nathan, Paris, 1995; A. Pitrou, «Solidarité familiale et solidarité publique» a D.Le Gall y C. Martin, (dir.) *Familles et politiques sociales. Dix questions sur le lien familial contemporain*, Ed l'Harmattan, Paris, 1996.; L. Roussel, *op. cit.*, 1995; M. Segalen, *op. cit.*, 1981.

¹⁴ Ver A. Pitrou, *op. cit.*, 1996, p. 230.

¹⁵ Cl. Attias-Donfut, N.Lapierre, M.Segalen, *op. cit.*, 2001.

las políticas económicas y laborales que aplican las distintas administraciones, no favorecen, precisamente, una mayor implicación de los padres en el cuidado de los hijos pequeños. Horarios laborales incompatibles con los horarios escolares y falta de servicios que satisfagan los intereses familiares respecto la educación de los hijos¹⁶, sumado a unas mayores necesidades sociales de la población, hacen de los abuelos (sobre todo de las abuelas) una figura indispensable en la educación y cuidado de los niños más pequeños. De hecho, tal y como ha sido constatado por Tobío, es precisamente a causa del importante papel que juegan las abuelas en el cuidado de los hijos que la tasa de actividad profesional de las españolas, a pesar de ser de las más bajas de la UE, es la que más ha aumentado en el último decenio¹⁷. En cambio, el testimonio de las abuelas (sobre todo las más mayores) muestra que cuando sus hijos eran pequeños, su cuidado pocas veces era una tarea de los abuelos, sino de la madre, quien, siguiendo el modelo familiar dominante, abandonaba el trabajo tras el matrimonio para dedicarse a la familia¹⁸. El grado de intervención de los abuelos en el cuidado de los nietos quedaba determinada por el hecho de vivir juntos o no. Cuando éstos no vivían juntos, la relación entre abuelos y nietos se reducía a visitas y actividades lúdicas comunes, aunque sin excluir que en caso de necesidad, las relaciones de cooperación en el ámbito doméstico fuesen igualmente intensas. En gran parte, tampoco había posibilidad de acudir a servicios externos, que quedaban reducidos a un sector muy restringido de la sociedad, quedando la solidaridad familiar como el único recursos para hacer frente situaciones en que se necesitaba ayuda.

Es ya entre las mujeres de la generación intermedia, muchas de las cuales ya han mantenido una independencia económica a través del trabajo «no doméstico», que su papel de los abuelos en el cuidado de los nietos ha comenzado a ser realmente importante. Precisamente por esto, la proximidad residencial —que al fin y al cabo, ha constituido siempre un interés especial en la organización residencial de los miembros del grupo familiar— ha sido un fac-

¹⁶ Por ejemplo, no existe un servicio regulado de cuidadores de la pequeña infancia a domicilio, tampoco existe ni una normativa específica ni un control exhaustivo de los servicios de guardería privados. Aunque puede haber considerables diferencias entre las CCAA, a nivel general, el periodo de 0 a 6 años queda bastante a merced de la iniciativa privada y de la improvisación normativa.

¹⁷ C. Tobío, «En Espagne, la *abuela* au secours des mères actives» a Cl. Attias-Donfut y M. Segalen, *Le siècle des grands-parents. Une génération phare, ici et ailleurs*. Ed Autrement. Paris, 2001, p. 105

¹⁸ Queda claro que la diversidad familiar y social era también grande y no todas las madres podían permitirse el «lujo» de abandonar el trabajo para cuidar la familia. En estos casos, las guarderías y los abuelos ejercían el mismo rol que hoy día.

tor importante, por cuanto que representa una mayor facilidad de acceso (para recibirlos tanto como para proporcionarlos) a la ayuda. La generalización del acceso de las hijas de esta generación intermedia al mercado laboral hace que los servicios de los abuelos sean requeridos incluso con mayor frecuencia de lo que éstos lo hicieron, ya sea para el cuidado de los nietos o por muchos otros servicios. Sin embargo las condiciones ya no son las mismas, precisamente porque las «jóvenes» abuelas también están en el mercado laboral y no pueden ofrecerles la disponibilidad que sus hijas requieren.

La ayuda financiera constituye también otra de las ámbitos privilegiados de intercambio de ayuda entre las generaciones. La ayuda para la adquisición de la vivienda representa la principal ayuda de los padres al proyecto matrimonial de sus hijos, especialmente teniendo en cuenta que no hay un mercado de la vivienda destinado específicamente a los jóvenes o de alquiler¹⁹. Ceder un apartamento o una casa, permitir y financiar la construcción de un piso sobre la propia vivienda, costear la entrada de un piso o bien alojar a los hijos hasta que éstos pueden tener acceso a una vivienda propia aparece como un hecho usual y generalizado y dista de ser una práctica reciente. Los estudios sobre la historia de la familia demuestran que la adquisición de la vivienda (y en general, el acceso a los recursos económicos) ha tenido siempre la principal fuente en la familia, a través de la herencia o a través de la ayuda intergeneracional. Por otra parte, la ayuda económica de los padres a los hijos (e incluso a los nietos) en la instalación de un negocio o en el acceso al mercado laboral no se limita únicamente a la prestación directa de dinero o bienes, sino también al uso de información e influencias que permiten facilitar este acceso al trabajo, sin contar, por supuesto, con la importancia de la transmisión patrimonial. No obstante, la ayuda económica entre las generaciones se canaliza también, aunque de forma menos visible, a través de los regalos o pequeñas aportaciones de bienes o en metálico que se realizan de una manera regular. Ropa para los niños, objetos y enseres domésticos, pequeñas cantidades de dinero para la adquisición de alguna cosa concreta, la matrícula de la escuela, etc.; no siempre solicitados por parte de los hijos, representan un flujo más o menos regular de bienes y dinero. Los regalos constituyen elementos articuladores de las relaciones sociales y están rodeados de un significado simbólico importante, en tanto que expresión de un determinado tipo de relaciones sociales y afectivas²⁰. Vínculos intensos entre padres, hijos y

¹⁹ J. Iglesias de Ussel, «Vivenda y familia» a L. Garrido Medina y E. Gil Calvo, E. (eds.) *Estrategias familiares*, Alianza Universidad, Madrid, 1993, p. 345

²⁰ Cl. Attias-Donfut, M. Segalen, *Grand-parents. La famille à travers les générations*. Ed Odile Jacob. Paris, 1998.

nietos se traducen en un intercambio fluido de regalos, que contiene, bajo el sentido simbólico, un importante valor como ayuda en la vida doméstica cotidiana. Cuantas más actividades comparten, cuanto más tiempo pasan juntos, cuanto más fuertes son los lazos afectivos entre las generaciones, con mayor frecuencia fluyen los regalos entre ellos.

La prestación de ayuda económica entre padres e hijos adultos parece haberse intensificado con el paso del tiempo. Posiblemente las condiciones económicas del contexto histórico en que los individuos de la generación de los abuelos han vivido en su juventud no posibilitaron, tanto como ahora, la prestación descendente de ayuda económica. Muchos individuos de esta generación más mayor se han encontrado en la situación de tener que ayudar a sus padres (no sólo en la vejez, sino durante toda su vida adulta) sin haber podido recibir, a su vez, la ayuda de éstos. Sin embargo, en el pasado, a pesar de que el acceso —mucho más limitado— a los bienes materiales restringía la fluidez de los regalos, las transacciones económicas entre las generaciones eran tan o más frecuentes e importantes que actualmente. Es precisamente la generación de los abuelos actuales la primera que ha recibido pensiones de jubilación como tales²¹ y a pesar de las bajas cuantías de las pensiones, los que se jubilaron a partir de mediados de la década de los noventa gozan de pensiones mucho más elevadas que los que se jubilaron antes, y en muchos casos, especialmente los de rentas medias, se encuentran en situación de «excedente» económico, que ponen a disposición de sus hijos y nietos. Es pues esta generación de abuelos «jóvenes» (los que tienen entre 60 y 70 años), que no pudo recibir tanta ayuda de los padres los que ahora se encuentra en disposición de ofrecer esta ayuda a sus propios hijos, incluso cuando éstos no lo necesitan. Paradójicamente, son también ellos los que deben hacer frente a las necesidades de ayuda de sus propios padres, cuyas pensiones no han sido tan generosas y que, ya en la cuarta edad, se enfrentan a unas necesidades financieras a veces muy superiores a los recursos. De hecho, las variaciones en la direccionalidad de la ayuda son importantes en función de la edad y situación económica de cada generación, y desde una perspectiva financiera, los abuelos más mayores —especialmente mujeres—, que suelen ser los que perciben las pensiones más bajas no se encuentran en una situación de excedente económico y los flujos económicos empiezan a ir en dirección contraria. Así, por ejemplo, si algunos mayores pueden permitirse hacer regalos y pequeñas aportaciones regulares a sus hijos y nietos, necesitan en cambio la ayuda de éstos cuando deben afrontar algún

²¹ Si bien antes existían también algunas prestaciones, éstas no eran generalizadas.

gasto de mayor consideración (por ejemplo, el cambio de un electrodoméstico, reformas importantes en la vivienda, o servicios de asistencia). Los trabajos realizados por Attias-Donfut en Francia, han remarcado precisamente la importancia de la ayuda pública (a través de los sistemas de pensiones) en la solidaridad familiar, nutriéndola e incluso motivándola en las familias más desfavorecidas. Efectivamente, la ayuda pública que reciben los abuelos a través de las pensiones de jubilación revierten también en las otras generaciones, equilibrando las desigualdades generacionales en el seno de la sociedad. Esta constatación, lleva a Attias-Donfut a interrogarse sobre las consecuencias sociales que supondría una disminución de las pensiones de jubilación, teniendo en cuenta el hecho de que mantener unas pensiones elevadas no sólo supone una disminución de las otras solidaridades públicas (a los jóvenes, a los trabajadores, a los niños, etc.), sino que, al ser precisamente lo que mantiene la solidaridad familiar, contribuye a paliar los efectos de la crisis económica²².

Fuera de una situación de dependencia que exige la contribución financiera de las generaciones más jóvenes, la ayuda económica entre la generación de los abuelos jóvenes y sus hijos suele ser descendiente e unidireccional. Son los padres quienes ayudan financieramente a los hijos y pocas veces al contrario²³. De hecho, el flujo y la dirección de los intercambios entre las distintas generaciones es asimétrico. Determinados servicios o tipo de ayuda es prestada por los padres a los hijos, pero no de hijos a padres ni entre hermanos, y viceversa. Así, servicios muy determinados, como ayuda financiera y cuidado de niños pequeños son mayoritariamente prestados por los padres a los hijos. La ayuda doméstica y el soporte afectivo son indistintamente ofrecidos por una y otra generación en función de quien necesita el servicio mientras que la asistencia en la vejez es, obviamente, prestada por las generaciones más jóvenes a las más mayores. En general, el acercamiento a la llamada «cuarta edad» representa el inicio de un desequilibrio en las relaciones de intercambio. Estas personas ya no pueden proporcionar tanta ayuda como han dado a las otras generaciones mientras han podido, ni son tampoco capaces de devolver, en el futuro, lo que han estado recibiendo de éstas. La acumulación de servicios prestados constituye un elemento que proporciona una cierta garantía de que los hijos responderán en caso de necesidad, precisamente porque la efectividad del intercambio está en el respeto por las normas de la reciprocidad sobre las que estas relaciones se fundamentan. Sin embargo, la dis-

²² Cf. Attias-Donfut, *op. cit.*, 1997, p. 54

²³ L. Roussel y O. Bourguignon, *La famille après le mariage des enfants*, INED, PUF «Travaux et documents», cahier n.º 78, Paris, 1976; Attias-Donfut, 1993

ponibilidad de unos recursos económicos constituye otro de los elementos que puede garantizar una cobertura de las necesidades de asistencia por parte de los hijos. El patrimonio y las pensiones —independientemente de cuando se transmiten— se convierten en los medios que permiten continuar el intercambio de prestaciones con las generaciones más jóvenes más allá de la etapa final de la vida de una persona. Es evidente que esto plantea algunas cuestiones sociales importantes, como por ejemplo, cual es la situación de las personas mayores que no disponen de «contrapartida» material para compensar los servicios asistenciales; en estos casos, ¿puede contarse únicamente con la «buena voluntad» (el supuesto sentimiento de amor filial)? Roussel sostiene que si la familia contemporánea funcionase únicamente a partir de sentimientos, el sistema no desembocaría en la exclusión de ciertos grupos, el primero de los cuales es el de las personas mayores²⁴. Efectivamente, el —tan apelado— sentimiento de amor filial no es independiente de las relaciones funcionales de intercambio (de bienes, servicios y sentimientos) que establecen las distintas generaciones entre sí, y va paradójicamente, íntimamente ligado a la idea de interés. Cada generación parece medir bien lo que da y lo que recibe de las otras generaciones y es en función de esta medida que los individuos definen, en gran parte, sus expectativas de ser asistido y sus motivaciones para proporcionar asistencia. Esto no significa que las relaciones familiares se sustenten únicamente en términos de interés. Interés, obligación y afecto se articulan no solo en la configuración de las actitudes hacia la asistencia, sino también en la construcción de un modelo de relaciones entre los miembros de la familia y entre las generaciones.

Actitudes y representaciones sociales de la asistencia

La planificación y organización efectiva de la asistencia de los miembros más ancianos de la familia depende de múltiples factores de orden práctico: la situación laboral de los hijos, sus responsabilidades familiares, la disponibilidad económica tanto propia como de los hijos, la disponibilidad de tiempo de los últimos, la distancia residencial de los miembros de la familia (padres e hijos, entre hermanos, etc.), las posibilidades de acceder a servicios externos (públicos o privados), etc. Todos estos aspectos determinan la forma en la que la asistencia es llevada a cabo desde un punto de vista instrumental, pero las actitudes hacia dicho trabajo se construyen a partir de otros elementos más ideológicos fundamentados

²⁴ L. Roussel, *op. cit.*, 1995, p. 23

por una determinada concepción cultural de la familia y de las relaciones intergeneracionales. La representación simbólica de la asistencia define tanto las expectativas que la gente tiene respecto de su propia asistencia futura como las motivaciones que le llevan a asumir la asistencia de un miembro de su familia. Esta perspectiva analítica permite descubrir las representaciones que la gente construye no solo sobre la asistencia en sí misma (como función, como tarea), sino sobre quien, como y porqué la gente proporciona asistencia, que son, en definitiva, la expresión de los principios que definen las responsabilidades familiares.

El contexto histórico en el que ha vivido cada persona y que comparte, de una manera general, por los individuos de su mismo grupo de edad constituye un elemento importante. Si se considera que las actitudes de las personas hacia la asistencia de los mayores son el reflejo de una determinada concepción de la familia y de las responsabilidades familiares, debe tenerse en cuenta que ésta, a lo largo de las generaciones, se va transformando con nuevos elementos, nuevos valores y nuevas relaciones que determinan las actitudes de cada generación respecto de una misma cuestión, en este caso, la solidaridad familiar y las relaciones intergeneracionales.

Las expectativas de asistencia de la generación mayor

Las expectativas de la gente hacia su propia asistencia se construyen a partir de la confrontación de los deseos y las posibilidades; es decir, cómo desearía ser asistido y las posibilidades reales de que estos deseos se cumplan, en función no solo de las circunstancias prácticas que rodean la vida de sus potenciales cuidadores, sino también de las razones por las cuales éstos asumen (o no) esta tarea. El «cómo desearía ser asistido» se forman a partir de una construcción ideológica que define un ideal de cualidad: «la mejor forma de ser asistido». Por lo tanto, las expectativas sobre quien se hará cargo de la asistencia de uno, se construyen sobre la idea de «quien pienso que me cuidará mejor», pero a la vez, también se definen a partir de unas construcciones culturales que definen quienes son los mejores cuidadores y quienes deben asumir la responsabilidad de la asistencia. Comas d'Argemir & Roca, en un artículo presentado el 1996, llevan a cabo un apurado análisis de la asistencia como ámbito de expresión entre dos lógicas opuestas y contradictorias: la asistencia familiar y la profesional, que representan, como señalan los autores, la manifestación de dos construcciones culturales opuestas en un ámbito concreto: la biología y la cultura. La familia es todavía socialmente considerada el ámbito

«natural» en el que la asistencia se desarrolla, considerada ésta como una de sus funciones principales. Es a los miembros de la familia, por tanto, a quienes «corresponde» —según dicho planteamiento— asumir la responsabilidad de cuidar a los padres en la vejez. Todavía hoy, la mayor parte de individuos de las generaciones más mayores consideran que la mejor asistencia que podrían recibir viene de la mano de sus hijos, tal y como ha sido con sus antepasados.

A la vez, las expectativas de los individuos de cada generación sobre su propia asistencia están también fuertemente condicionadas por el contexto histórico en el que han vivido —especialmente determinado por la existencia o no de servicios comunitarios alternativos— y que define la valoración de unos servicios como buenos, deseables o ideales (los provenientes del ámbito familiar) y de otros como no tan buenos o como el «último recurso» (los que vienen del exterior a través de los servicios públicos o privados de asistencia).

Aun así, dentro de la familia no todo el mundo es igual de «apto» para ser considerado cuidador. Existe una verdadera jerarquía de personas en la familia de las que se espera poder recibir ayuda en el caso de necesidad²⁵. El entorno familiar inmediato: cónyuge e hijos, se sitúan en el lugar más alto. En el escalón inferior se encuentran los hijos políticos (yernos, nuerras) y los nietos y por último, y siempre a falta de los anteriores, otros parientes y los amigos. Sin embargo, lo más destacable es que esta jerarquía está encabezada por las mujeres. Efectivamente, al hablar de asistencia en la familia se apunta directamente a las mujeres. Esposas, hijas, nuerras... ellas son consideradas el elemento central de la asistencia. El dominio femenino del ámbito doméstico sigue siendo una constante en las relaciones sociales a pesar de la evolución de la mujer en el ámbito social «externo», y de las nuevas actitudes y valores del individualismo e independencia. Baste pensar en la diferencia que existe en las relaciones entre padres e hijos adultos cuando uno de los primeros es viuda. Mientras que si la mujer sobrevive al marido, las relaciones sociales que mantiene con sus hijos (frecuencias de los contactos, actividades comunes, etc.) pocas veces sufren grandes transformaciones, sí lo hacen en cambio cuando es el marido el sobreviviente: el anfitrión de las comidas familiares pasar a ser una hija o hijo mayor, la frecuencia de los contactos cambia y cambia también el contenido de las relaciones de intercambio. Las mujeres siguen ejerciendo

²⁵ C. Martin, «Vieillesse, dépendance et solidarités en Europe. Redécouverte des solidarités informelles et enjeu normatifs», a Cl. Attias-Donfut, (dir.) con la colaboración de A. Rozenkier, *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, état*, Nathan. Paris, 1995, p.235.

el rol de vertebradoras de la vida familiar y constituyen, en consecuencia, el puntal asistencial de los miembros familiares en situación de dependencia o de necesidad de asistencia. La concepción de la asistencia no es la de un trabajo sino una tarea atribuida a las mujeres según el modelo tradicional de distribución de roles en el interior de la familia y en la sociedad misma²⁶. La iniciativa de las mujeres en asumir las tareas asistenciales de personas dependientes ha sido explicada a partir de la interiorización, por parte de la sociedad, de la idea de que la identidad femenina se construye precisamente sobre el servicio y la asistencia al prójimo²⁷. La sociedad espera que las mujeres cuiden de sus hijos, maridos y parientes y que pongan el cuidado por delante de otros intereses sociales y hasta personales.

El deseo manifiesto de los hombres de quedarse en la propia casa durante la vejez está fuertemente asociado al hecho de que esperan contar con la ayuda de su esposa para cubrir sus necesidades asistenciales, asumiendo automáticamente, que serán ellas las que se pondrán al frente de dicha función. Cuando hay una esposa, las expectativas sobre otras personas (hijos, otros familiares, amigos) desaparecen o son muy reducidas. A falta de una esposa disponible (por muerte o enfermedad de ésta), las expectativas se dirigen mayoritariamente hacia los hijos (hombres y mujeres). Se entiende que son ellos a quienes, en función de unos modelos éticos-morales «correctos» que no hacen sino seguir el modelo familiar tradicional, corresponde asistir a los padres en la vejez o cuando éstos no puedan valerse por si mismos. Pero es sobre todo de las hijas de quien se espera una mayor predisposición, así como una mayor calidad asistencial. Las hijas representan la potencialidad de una asistencia de cualidad, tanto desde el punto de vista práctico como afectivo. Ciertamente, algunos estudios han demostrado que en general, las hijas están más dispuestas y acuden más pronto a una llamada de asistencia de los hijos varones, de la misma manera, por otra parte, que los hijos/as acuden más a la madre que al padre cuando se quiere solicitar ayuda para el cuidado de los ni-

²⁶ Dolors Comas afirma que los roles vinculados a las actividades que se conceptualizan como «trabajo» o como «asistencia» proporcionan la base sobre la que hombres y mujeres negocian su participación en las relaciones y estructuras más amplias que las envuelven, como la economía, la comunidad y el estado (D.Comas d'Argemir i Cendra, *Trabajo, género y cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*, Icaria, Barcelona, 1995, pp. 136-137)

²⁷ J. Lewis, y B. Meredith, «Daughters Caring for Mothers» a *Aging and Society* 8, 1998, p.17; D.Comas d'Argemir i Cendra y J. Roca i Girona, «El cuidado y asistencia como ámbito de expresión de la tensión entre biología y cultura» a J. Contreras.(coord.), *Reciprocidad, cooperación y organización comunal*, VII Congreso de Antropología Social, Zaragoza, 1996, p. 63

ños pequeños²⁸. Este ideal sobre las hijas es frecuentemente puesto en contraposición con las nueras, de quien se espera un servicio correcto, pero cualitativamente inferior —sobre todo, desde el punto de vista afectivo—²⁹. Aceptado y asumido como algo «natural», se justifica muchas veces la renuncia de una nuera a asistir a la suegra o a anteponer la ayuda a sus padres por encima de la ayuda a sus suegros. Esta consideración está fundamentada en la construcción cultural del parentesco y la familia en nuestra sociedad, fuertemente asociada a la fortaleza del vínculo biológico. La consanguinidad, el vínculo de sangre tiene una significación simbólica muy superior a cualquier otro vínculo social³⁰. Es precisamente este carácter biológico de las relaciones entre padres e hijos el que fundamentalmente en gran medida el sentimiento de responsabilidad de unos hacia los otros. Por eso mismo individuos con los que no hay una relación directa de parentesco entran en última línea en el discurso sobre las expectativas de asistencia, ya que no tienen ninguna responsabilidad moral. La valorización de los lazos de filiación se manifiesta en la conocida expresión «los cuidó como si hubiera sido su propia hija» referido a una nuera, una sobrina o alguien externo de la familia. Pero la posición de la nuera en el ámbito de la asistencia es ambigua precisamente por su condición femenina de «cuidadora natural». Ser asistido por los hijos varones implica que en la práctica, la mayor parte del trabajo que implica el cuidado de una persona, recaerá en las espaldas de las esposas de los hijos.

Las expectativas de las mujeres siguen otra dirección. Sus expectativas de ser asistidas por sus esposos e hijos son relativamente reducidas. Los factores demográficos (el hecho de que las mujeres tengan más posibilidades de sobrevivir a sus maridos que a la inversa) y las consideraciones culturales que definen las relaciones de género (siempre según todavía el modelo tradicional) juegan un papel decisivo en la construcción de las expectativas futuras de las mujeres de ser asistidas. Attias-Donfut y Renaut (1996) indican la existencia de lo que ellos llaman un «handicap cultural» de los hombres de las generaciones más mayores, debido a que nunca han asumido las tareas domésticas de la vida cotidiana. De hecho, son muy escasos los ejemplos en que un hombre mayor de 75 años se

²⁸ B. Bawin-Legros, A. Gauthier, J.-F. Stassen, «Les limites de l'entraide intergénérationnelle» a Cl. Attias-Donfut, C (dir.) con la colaboración de A. Rozenkier, *Les solidarités entre générations. Vieillesse, familles, état*. Nathan. Paris, 1995, p. 128

²⁹ En catalán, es bien conocida la expresión de «si tienes hijas, comerás pasteles» en clara referencia al hecho de que la calidad, en cuando a afecto, de la asistencia que se reciba de las hijas será mayor que la que podrán recibir de los hijos.

³⁰ D. Comas d'Argemir y J. Roca, *op. cit.*, 1996; J. Finch, *Family Obligations and Social Change*. Polity Press. Cambridge, 1989.

encarga él sólo de la intendencia de una casa (cocinar, fregar los platos, limpiar la casa, etc.). Es precisamente la persistencia del modelo tradicional de distribución sexual de roles el que hace que una mujer, al pensar en su asistencia en la vejez, difícilmente haga referencia a su marido como potencial cuidador.

De la misma manera, la transformación profunda que se ha experimentado en la concepción social de los roles domésticos de hombres y mujeres en las generaciones más jóvenes y las diferencias generacionales respecto a esta concepción también influye en las relaciones que se establecen entre padres asistidos e hijos asistentes y en las expectativas y actitudes de unos y otros. Así, una mujer mayor de 80 años difícilmente aceptaría su higiene personal en manos de un hijo varón, por ejemplo, por cuanto supone una trasgresión de los límites sociales de cada sexo. Por otra parte, tal y como mostraba un estudio realizado por Qureshi en el Reino Unido³¹, ciertas demandas de la generación mayor tampoco son bien entendidas por las generaciones más jóvenes que no están dispuestas a asumir determinadas funciones, como por ejemplo, la exigencia de realizar determinadas tareas domésticas tradicionales que han sido hoy substituidas por la técnica o que simplemente, han sido eliminadas.

Los nietos se encuentran en los últimos escalones en la lista de personas de las que se espera recibir asistencia. No se les asigna una responsabilidad directa en la asistencia cuando existen hijos, aunque la situación puede ser distinta a falta de éstos. Sí en cambio, se espera un cierto grado de colaboración en tareas secundarias, como ayuda en desplazamientos, ayuda afectiva (compañía) y sobre todo, apoyo al cuidador principal.

Los hermanos y otros parientes lejanos, así como amigos y vecinos no son realmente vistos como posibles cuidadores a largo plazo, aunque sí son tenidos en cuenta para ayudas puntuales (sobre todo en casos de urgencia) y de corta duración. Únicamente los sobrinos, en caso de no haber hijos propios, podrían representar una excepción, esperándose de ellos que sustituyan a los hijos en dicha función. Pero en este caso, la compensación económica juega una baza muy importante. La ayuda de parientes lejanos y amigos y vecinos se reduce frecuentemente a «arreglar» el traspaso de la asistencia a manos de los servicios públicos.

Algunos autores sugieren que la aparición y generalización de otras formas de vida diferentes del modelo de familia tradicional y su efecto en el aumento de personas solas pueden traer como consecuencia, en un

³¹ H. Qureshi, «Boundaries between formal and informal care-giving work» a C. Ungerson, (ed.) *Gender and Caring. Work and Welfare in Britain and Scandinavia*, Harvester& Wheatsheaf., 1990, p.109

futuro, que los lazos de amistad lleguen a ser los únicos sobre los que los individuos podrán contar en caso de necesidad de ayuda y asistencia en la vejez, constituyendo así, la «familia del futuro». Dicho planteamiento, sin embargo, no se sostiene sobre una base sólida. Las relaciones de solidaridad que se establecen con las amistades están fundamentadas sobre las afinidades y no sobre la idea de responsabilidad que marca las relaciones intergeneracionales. Efectivamente, como explica Beck-Gernsheim, no todo lo que mantiene unido en la familia tradicional se deriva del amor, sino con frecuencia, del sentido del deber, del peso de la conciencia, de los imperativos morales y de las expectativas sociales. Las amistades, en cambio, son libres y voluntarias y precisamente por ello, constituyen un vínculo menos consistente con el paso del tiempo³². En efecto, algunos estudios han señalado que las expectativas sobre personas externas a la parentela está muy en relación con el círculo de persona y el tipo de relaciones sociales que se mantienen a cada momento del ciclo vital, ampliándose en unas edades y reduciéndose a partir de cierta edad. Precisamente, a medida que una persona envejece, el círculo de personas con el que se establecen las relaciones sociales se va cerrando entorno a los parientes más próximos. De esta manera, cuanto más aumentas las posibilidades de necesitar algún tipo de asistencia, más se reduce el grupo de personas sobre las que se pueden tener expectativas, quedando prácticamente limitado a los hijos y sus núcleos domésticos³³. Una vez más, la concepción biologicista o naturalista sobre la que se fundamenta nuestro modelo de parentesco, en el que la sangre expresa los vínculos más fuertes³⁴ está en la base de la construcción de esta «jerarquía asistencial».

Esta claro que las expectativas de los individuos sobre por quien y como ser asistidos no es tan solo una cuestión de preferencias personales o de deseo, siempre determinados por la concepción cultural-ideológica sobre las responsabilidades de los hijos respecto a los padres y de las relaciones de género. Cuentan también otros factores, tanto externos como internos, que determinan las posibilidades que tiene una persona de ser asistida según este modelo «ideal». Los discursos de los individuos de la generación más mayor, llenos de contradicciones y estereotipos son un buen ejemplo de ello. Éstos tienden a idealizar un tiempo pasado «mejor», en el que los padres (sus padres) eran asistidos por los hijos como algo «natural» y sobre lo que no había discusión ni alternativas posibles y lo ponen en contraposición a los tiempos actuales, en los que las circunstan-

³² E. Beck-Gernsheim, *op. cit.*, 2003, p.148

³³ B.Bawin-Legros, A. Gauthier, J.-F. Stassen, *op. cit.*, 1995

³⁴ D. Comas d'Argemir y J. Roca, *op. cit.*, 1996

cias sociales, económicas, demográficas y culturales limitan las posibilidades de continuar con este modelo transformando las expectativas individuales. Los factores que han influido en este cambio en las expectativas son múltiples y han sido ya frecuentemente señalados por los científicos sociales. Para empezar, las posibilidades de los padres de llegar a edades en las que sea necesaria al menos algún tipo de ayuda son mayores ahora de lo que fueron nunca, debido a una elevada esperanza de vida. Por otra parte, la movilidad es hoy día mayor así como también es mayor la dispersión de las familias, que ve además como las relaciones familiares se hacen más complejas con el aumento de la inestabilidad matrimonial³⁵ y la reconstitución familiar, que genera nuevos y más compromisos familiares. A esto, se le añade el retraso de la entrada de los jóvenes en el mundo laboral y de su independencia, haciendo que se prolonguen las responsabilidades para con los hijos y que entren en competencia con las obligaciones hacia los padres; sin olvidar las condiciones espaciales de las viviendas y otros factores. Es, no obstante, la entrada generalizada de la mujer en la esfera laboral y la transformación de su papel en la sociedad el factor más decisivo de este proceso de cambio. De cualquier manera, la mirada hacia este pasado en el que los ancianos eran asistidos por la familia, no deja de ser en gran parte, una idealización moralista que se contradice con lo que demuestran algunos trabajos históricos, que ponen de manifiesto la existencia de medidas coercitivas para impulsar a los hijos a hacerse cargo de los padres³⁶. No siempre en el pasado «real», la familia ha cumplido con la función de sus miembros más frágiles, y la descarga de la función asistencial en las instituciones —sobre todo religiosas— ha sido mucho mayor de lo que se podría pensar.

Entre dos aguas: deseos, posibilidades y cambio de actitudes

La gente mayor actual es bien consciente de las diferencias que se están dando entre la situación en la que sus padres y abuelos fueron asistidos y la que podrá darse cuando sean ellos quienes deban necesitar

³⁵ Respecto a este último aspecto, algunos estudios han demostrado —al menos en el caso inglés— que las posibilidades de los hombres de ser asistidos por hijos se reducen en el caso de divorcio de los padres. Ya que las esposas son la principal fuente de asistencia de las personas mayores, con el divorcio, este recurso se pierde (siempre y cuando el divorciado permanezca solo). Además, los hombres divorciados suelen tener menor contacto con sus hijos y tienden a no considerarlos como una fuente de asistencia (H. Qureshi, *op. cit.*, 1996, p.114)

³⁶ M. Jacobs, «Paying for informal care: a contradictio in terminis?», *European Societies* 5/4, 2003. p. 403

asistencia. Por lo tanto, las expectativas sobre los hijos que tuvieron sus padres no son, ni de lejos, las mismas que ellos tienen sobre sus propios hijos³⁷. Sin embargo, los factores a los que nos referíamos más arriba, que afectan el aspecto instrumental o práctico de la asistencia no son los más importantes. Los discursos de esta generación ilustran bien los cambios que se han producido en la concepción de determinados valores sociales sobre el individuo, la familia y la sociedad. La idea del «egoísmo» de las generaciones más jóvenes, del excesivo individualismo, de la pérdida del «respeto» por los mayores, etc. no solo forma parte del discurso estereotipado del conflicto entre generaciones que hace la gente mayor, sino un reflejo del cambio de actitudes en las generaciones más jóvenes y de la distinta valoración que éstas hacen de las responsabilidades de cada generación respecto a la otra, no tan bien definidas como lo estaban en el modelo tradicional. El individualismo (algunos autores hablan del proceso de individualización de la sociedad actual) pone en acción la idea de voluntad, controlada, en el modelo de familia tradicional, por unas normas sociales que fijaban el ámbito y los límites de las responsabilidades entre los miembros familiares y entre las generaciones. La influencia de la entrada de nuevas actitudes se deja ya sentir en la construcción de las expectativas de las generaciones intermedias y las más mayores. El discurso de «no querer molestar a los hijos», «no ser un impedimento para los hijos» es una manifestación de dicho cambio. Es por eso que los discursos de los individuos de estas generaciones están marcados por la contradicción entre el deseo de ser cuidados por sus propios hijos, tal y como ellos mismos asistieron a sus padres, y el deseo de no suponer una carga para sus hijos, y de ahí, la afirmación de su voluntad de acudir a asistencia externa en el caso de que se vieran en una situación de dependencia. Aunque, si por una parte, son bien conscientes de las dificultades que supondría para sus hijos «cargar» con esta responsabilidad³⁸, también temen enfrentarse al rechazo explícito por parte de hijos de asumirla si éstos ven excesivamente obstaculizada su propia vida, o a la posibilidad de una asistencia «de mala calidad» debido a las dificultades de éstos de asumir las múltiples responsabilidades (hijos propios, trabajo, etc.).

Esta «cultura dominante» del individualismo, en la que la autonomía y la libertad individual se antepone a las obligaciones y deberes, ha impregnado las generaciones más mayores, dispensando a las generaciones

³⁷ N. Daniels, *Am I my parents' keeper? An essay on justice between the young and the old*. Oxford University Press, 1988, p.24-25

³⁸ Opinión que depende de la propia experiencia del potencial cuidado como cuidador de sus propios padres y que tiende a hacerse más tajante cuanto más dura ha sido ésta.

más jóvenes de lo que ellos mismos consideraban hasta hace poco una obligación³⁹. Si para los autores anglosajones, esta actitud no es más que la expresión del respeto a la norma que impone la independencia y la autonomía de los hijos⁴⁰, no tiene el mismo significado en las sociedades meridionales de Europa con una concepción tradicional de la familia menos individualista, pero donde también se ha afianzado. En éstas, el respeto a la autonomía del otro, a las libertades individuales supone la manifestación de un cambio en la concepción misma de las relaciones entre las generaciones que ha supuesto la prevalencia de unos valores individualistas sobre los colectivos. Precisamente, la valorización de la individuo y su libertad no sólo se manifiestan en el «respeto» por la libertad del otro, sino también para con su propia libertad e independencia. La planificación de la asistencia por parte de la generación intermedia no es más que un reflejo del profundo rechazo a llegar a verse algún día, dependiendo de la voluntad y capacidad de sus hijos para asistirles, y de la falta de control de su propia asistencia. De hecho, esta idea de «no querer molestar» no aparece únicamente en el caso de la asistencia de las personas mayores, sino que afecta también las expectativas de las otras generaciones más jóvenes de recibir a su vez ayuda, por ejemplo, en la asistencia de niños pequeños. Cada vez, hay una mayor tendencia a acudir a servicios externos de cuidado de niños de muy corta edad (guarderías y ayuda doméstica, por ejemplo) precisamente por «no cargar» a los padres con el trabajo y la responsabilidad que esto supone⁴¹. Las justificaciones son variadas: al margen de una mayor libertad para los hijos y de la disponibilidad de los abuelos para prestar el servicio de cuidar a los nietos por causas de trabajo o por motivos de salud, el respeto a la independencia de los padres cuando éstos, todavía jóvenes, mantienen una vida social externa al ámbito familiar, es una manifestación explícita del cambio.

La contradicción entre la idea de la responsabilidad familiar y los valores de independencia y libertad que se manifiesta en la voluntad de no ser una carga para los hijos se expresa de diferente manera en los discursos de los individuos en función del género y la edad. Es un tanto paradójico que sean precisamente los hombres de mayor edad los que tienden a apelar con más frecuencia al «deber moral», a la «obligación filial», entendidos como la responsabilidad de los hijos de «devolver» los servicios y ayuda prestada por los padres a lo largo de su vida. Pero a la vez,

³⁹ J. Préel, «Solidarité entre générations et solidarité de génération», *Informations sociales* 96, 2001, p. 39.

⁴⁰ J. Finch, *op. cit.*, 1989 p. 39

⁴¹ Obviamente, sólo cuando se está en condiciones de poder elegir.

esta reclamación de devolución de lo que ellos han hecho por los hijos, se matiza con el reconocimiento de la existencia de una jerarquía de responsabilidades familiares y sociales que privilegia las responsabilidades hacia los propios hijos y las responsabilidades familiares, dejando la asistencia de los padres en tercer lugar. Esta idea justifica, en cierta manera, una escasa implicación de la asistencia de los padres⁴². De cualquier manera, la jerarquía de responsabilidades se entiende en el contexto de la división sexual tradicional de los roles sociales. La función asistencial es todavía básicamente femenina y se sitúa, entre las mujeres de las generaciones más mayores, muy por encima de las obligaciones laborales.

Las mujeres, en cambio, aunque sean precisamente ellas las que mantienen un ritmo y un nivel de relaciones (de intercambio, de solidaridad, sociales, etc.) con los hijos mucho mayor del que mantienen los hombres, son las que muestran una mayor reticencia a apelar a una idea normativa de las obligaciones y responsabilidades de sus hijos hacia ellos mismos. El discurso del afecto, de la gratitud y de la reciprocidad cobra mayor fuerza. De la misma manera, son también ellas las que expresan de una manera más directa el deseo de no molestar, no suponer un obstáculo en la vida de sus hijos, que hasta cierto punto, podría verse como una «negación» de las reglas de la reciprocidad sobre las que se basa la solidaridad y que se incorpora perfectamente en la imagen social de la mujer-madre y del cuidado como trabajo asociado al amor y por tanto, gratuito.

Estas mujeres son precisamente las que han asumido plenamente el rol de cuidadoras principales de sus propios padres y las que han sufrido más directamente sus efectos. Para ellas, y no tanto para los hombres de su misma generación, la asistencia de los padres se ha hecho como una cosa «natural», prácticamente innata (para utilizar los mismos términos de Comas d'Argermir y Roca (1996), lo han asumido como una de las funciones socialmente asignadas a ellas aunque hayan tenido que compatibilizarlo con otras obligaciones familiares, laborales y sociales. La idea de «carga», «molestia» que supone la asistencia, no entra en el discurso de los individuos que han cuidado de sus padres o abuelos. Al margen de la conciencia del trabajo y los inconvenientes que supone la asistencia de personas mayores, ésta se ha llevado a cabo y asumido como «lo que debía hacerse». Las mujeres de esta generación mayor conocen bien y son perfectamente conscientes de las cargas y del esfuerzo que supone asistir a una persona mayor dependiente y por tanto, también de las dificultades

⁴² H. Qureshi y K. Simons, «Resources within families: caring for elderly people» a J. Brannen y G. Wilson, *Give and Take in Families. Studies in Resource Distribution*, Allen & Unwin, London, 1987, p. 128.

con las que deberán enfrentarse sus hijos, pero sobre todo, son perfectamente conscientes de que para las generaciones más jóvenes (de sus hijos y todavía más la de sus nietos), los inconvenientes, conflictos y situaciones negativas que se dan a raíz de la asistencia de una persona mayor, ya no son tan fácilmente asumidas como «los inconvenientes que deben ser asumidos de forma natural por los miembros de un grupo familiar».

Efectivamente, las mujeres que tienen entre 50 y 70 años, que constituyen la llamada generación sandwich⁴³, se han topado de lleno con una etapa de transformaciones sociales radicales. En primer lugar, es precisamente el grupo de edad que se encuentra en medio de dos generaciones (la de sus padres y la de sus hijos) y la que cataliza, de forma más directa, el cambio de valores sobre las relaciones de sexo en la sociedad y la posición de hombres y mujeres dentro de la unidad doméstica. Es también esta generación la que se encuentra entre un modelo social jerárquico en lo que respecta a las relaciones de género, el de sus padres, en el que los ámbitos de interacción están bien delimitados (ámbito familiar femenino y ámbito social masculino) y otro modelo, el de sus hijos, construido a partir de la igualdad entre los sexos⁴⁴, la autonomía de las mujeres y la participación de éstas en la vida pública al margen de la vida familiar. La mayoría de las mujeres de esta generación intermedia —incluso las que tienen estudios medios— han abandonado el trabajo remunerado después del matrimonio o tras el nacimiento de los hijos para dedicarse exclusivamente al cuidado de los miembros de la familia siguiendo pautas de un modelo de organización doméstica que asigna roles distintos a hombres y mujeres. Incluso las que no han abandonado el mundo laboral, han seguido asumiendo mayoritariamente las funciones domésticas y asistenciales de forma exclusiva, siguiendo este mismo patrón. Un patrón que ya no aceptan sus hijas, quienes no están dispuestas a renunciar a una carrera profesional para dedicarse exclusivamente a la vida doméstica.

En segundo lugar, son también las mujeres de este grupo de edad las que han tenido que compatibilizar un modelo familiar tradicional, basado sobre las relaciones de solidaridad y cooperación como fundamento de las relaciones intergeneracionales y motor de la cohesión familiar con otro modelo más individualista, que pone en cuestión los términos tradicionales en los que se construye la responsabilidad de unas generaciones respecto de las otras sin definir todavía otro modelo nuevo. En el ámbito de la asistencia, esta generación de mujeres se encuentra pues en una situa-

⁴³ Kellerhals et al. 1995

⁴⁴ Que en la mayoría de casos todavía está lejos de ser una realidad, pero es sin duda, mayor que el de la generación precedente.

ción compleja. Por una parte, se encuentran con la necesidad de adaptar el sentimiento de responsabilidad hacia las otras generaciones y hacerlo compatible. De esta manera, ellas deben cumplir con las expectativas de sus propios padres, formadas a partir de esta concepción tradicional, y a la vez, proporcionar ayuda a los hijos adultos, a quienes las condiciones externas obligan a ser todavía receptores de ayuda. Por otra parte, deben asumir la necesidad de encontrar nuevas estrategias que le permitan asegurarse o garantizar su propia asistencia sin tener que depender de sus hijos.

Así pues, no parece que las perspectivas prácticas de las mujeres de este grupo de edad de ser asistidas en y por la familia sean demasiado optimistas. Por una parte, los hijos adultos todavía demandan más ayuda de la que pueden prestar, y por otra, el ritmo de la esperanza de vida actual que genera situaciones de coexistencia de tres y más generaciones adultas en la familia favorece la existencia de grupos familiares en la que hay dos generaciones jubiladas y quizás, dos generaciones de viudas. La situación en la que se encuentran muchas mujeres de esta generación intermedia se convierte en altamente problemática cuando deben enfrentarse al panorama de ser las cuidadoras de tres generaciones: la de sus padres, la de sus hijos y la de sus propios cónyuges. Sin contar la dificultad que se presenta cuando son ellas mismas las que requieren un cierto grado de asistencia, a la vez que sus propios hijos están todavía en una situación en la que las fuertes cargas laborales y familiares les permiten tener poca disponibilidad para ofrecer ayuda.

Los cambios en la actitud de las mujeres de estos grupos de edad son ya claramente perceptibles. Aunque para las mujeres de esta generación la asistencia de los familiares dependientes ancianos sigue siendo asumida como parte de las tareas domésticas que les corresponden, en función de una repartición sexual de los roles sociales dentro de la unidad doméstica todavía imperantes en esta generación y en función de un modelo de familia tradicional, su actitud es ya muy diferente de la de sus padres. Ellas tienden a aceptar muchos más límites a la asistencia proveniente de familiares y a demandar mucho más rápido y de manera más frecuente la intervención de los servicios institucionales⁴⁵. Los cambios se manifiestan también en otros ámbitos de la solidaridad familiar, como por ejemplo, en un mayor rechazo de las abuelas más jóvenes a asumir la responsabilidad de la asistencia regular de los niños pequeños por cuanto ello supone de limitación de su libertad de llevar una vida social intensa al margen del

⁴⁵ F. Lesermann y C. Martin, *Home-based care, the elderly the family and the welfare state: an international comparison*, University of Ottawa Press. Ottawa, 1993.

ámbito familiar. Precisamente, la generación intermedia es la más consciente de que en el momento en el que ella misma tenga necesidad de ser asistida, probablemente se encontrará, al margen de la voluntad de sus hijos de aceptar la asistencia, con unas condiciones sociales y económicas que no les permitirán hacerlo. No están seguros pues de recibir lo mismo que han dado. Es quizá por esto mismo que aunque la mayor parte de la gente considera como una responsabilidad familiar la asistencia de los ancianos y manifiestan ellos mismos sentirse responsables del bienestar de sus padres, afirman en cambio que no quieren que sus hijos asuman esta responsabilidad para con su asistencia por cuanto ello les supondría una carga excesiva. La propia experiencia de las dificultades que implica ser cuidador familiar se convierte en un elemento decisivo a la hora de anticipar y planificar la organización de alguna forma de ayuda. Por eso mismo, la asistencia institucional es asumida como una posibilidad prioritaria en la construcción de las expectativas futuras de asistencia. Naturalmente, si las expectativas de ser asistido pasan por los servicios externos, ello se debe, en gran medida, a la posibilidad de acudir a ellos. Como señala Flaquer, uno de los aspectos fundamentales para valorar la mayor o mejor asunción de la asistencia de los individuos por parte de sus familias es precisamente la existencia de recursos institucionales externos a ella. El hecho de disponer o no de unos servicios alternativos y de las condiciones cualitativas de éstos se convierte en decisivo a la hora de medir la amplitud y la eficacia de la solidaridad familiar⁴⁶.

Entre los individuos más ancianos, las expectativas sobre los hijos son todavía elevadas y manifiestan una cierta confianza en que éstos asumirán —«de buen grado»— dicha función. En la práctica, una buena parte de estos hijos (que conforman la generación intermedia) son perfectamente conscientes de las expectativas de los padres y considerando sus posibilidades, suelen estar dispuestos a asumirlas. También las actitudes de los individuos de las generaciones más jóvenes son favorables a asistir a sus padres en el futuro y a echar una mano a sus padres en la asistencia de sus abuelos, en gran parte, porque a pesar de la transformación radical del modelo de familia tradicional, la mayoría comparte con las generaciones mayores una determinada visión de las relaciones familiares y de las responsabilidades entre generaciones. Se podría cuestionar si ello es debido a la persistencia de elementos del modelo tradicional o a la aparición de otros surgidos a partir de las transformaciones sociales. Lo cierto es que, hoy todavía, una gran proporción de individuos de menos de 45 años estaría dispuesto —al margen de las posibilidades prácticas de hacerlo— a

⁴⁶ Ll. Flaquer, *Informe sobre la situació de la família a Catalunya ... op. cit.* 2002, p. 46

proporcionar la ayuda necesaria a sus padres. Hasta qué punto esta «buena voluntad», por ahora solo manifestada verbalmente, tendrá después una aplicación real en el futuro? Aunque algunos de ellos hayan tenido experiencia en la asistencia de algún pariente anciano (probablemente un abuelo) no la han tenido, sin embargo, como cuidadores principales. De hecho, las generaciones más jóvenes son mayoritariamente receptores de ayuda y el momento en que éstos deberían asumir alguna responsabilidad como cuidadores principales en el cuidado de personas mayores es percibido como algo todavía muy lejano. Esta idea romántica⁴⁷ de la responsabilidad familiar en la asistencia de la gente mayor aparece todavía de forma más acentuada entre los más jóvenes, pero está formada en gran parte sobre estereotipos, expresión de la socialización en unos valores culturales y una idea de la familia que, aparentemente, se mantiene más allá de las transformaciones.

Los nuevos elementos en la construcción de las expectativas de asistencia: la asistencia no familiar

La asistencia de las personas mayores sigue siendo todavía considerada, por los que forman parte de las generaciones más mayores, una parte de las funciones que «corresponde» a la familia asumir. Su ideal es pues que sus hijos les asistan directamente. Este ideal, favorecido también por el hecho de que hasta hace relativamente poco, las otras opciones asistenciales estaban restringidas a situaciones extremas (enfermedad, soledad y pobreza juntos) que eran socialmente rechazadas, deja, sin embargo, de ser válido para los individuos entre 60 y 75 años. Las expectativas de esta generación de abuelos «jóvenes» sobre sus hijos pocas veces se fomenta sobre un tipo de asistencia que implique una atención directa y constante por parte de los últimos. Por una parte, las condiciones socio-económicas son diferentes de las que han tenido esta generación de abuelos «jóvenes» cuando han tenido que cuidar a sus padres. A pesar de que persista en la representación colectiva la idea que la asistencia es cualitativamente mejor cuando es proporcionada por la familia (debido al componente afectivo), la pretensión de los padres de convivir con los hijos o de que sus hijas o nueras abandonen sus responsabilidades laborales para asistirles en caso de necesidad, es poco realista dadas las circunstancias actuales. Si en el pasado, la asistencia se llevaba a cabo exclusivamente en familia, era debido, entre otras razones, a que existía la posibilidad de que así fuera y

⁴⁷ D. Comas d'Argemir y J. Roca, *op. cit.*, 1996

no existían otras. Actualmente, las expectativas de la gente mayor sobre sus hijos se construyen siempre teniendo en cuenta la intervención de terceros: instituciones y servicios públicos, empresas de servicios privadas, ayuda doméstica, etc.

La intervención de unos servicios externos a la familia para cubrir las necesidades asistenciales en la vejez va totalmente en consonancia con las aspiraciones de independencia de unas generaciones respecto de las otras. El deseo de mantener una independencia que les permita vivir solos y controlar su propia asistencia (y sobre todo, su propia vida) es una aspiración a la que los mayores de hoy se aferran con fuerza⁴⁸. En este contexto, si el papel de los hijos no pasa necesariamente por la asistencia directa, cual es pues la función de éstos? Que se espera de ellos? En tanto que una cuestión prioritaria de debate en el marco del análisis del fenómeno asistencial y del papel del estado, la asistencia formal (institucional) y la asistencia informal (básicamente familiar) han sido interpretadas con frecuencia como nociones opuestas, bajo el argumento de que contienen principios contradictorios⁴⁹. Bien lejos de esta idea, la evidencia empírica demuestra que no solo no son formas opuestas sino que al contrario, una optimiza a la otra, es decir, son complementarias. La utilización de servicios externos de asistencia no implica que los hijos se desentiendan de lo que sigue siendo considerado, una responsabilidad suya. Asistir implica también un trabajo de «búsqueda de servicios e iniciativas, de investigación de las distintas ofertas institucionales, de negociación con estas instituciones y de coordinación y control de los diferentes servicios ofertados. En definitiva, asistir implica la habilidad de movilizar a los potenciales cuidadores, coordinar los servicios que se ofrecen y mediar en posibles conflictos»⁵⁰. Un estudio sobre la asistencia en los países escandinavos, muestra que la ayuda de la familia a acceder a las personas mayores dependientes a los servicios de asistencia públicos o privados (tanto a través de subsidios para acceder a ellos como directamente a los servicios) es tanto o más importante que la asistencia directa, hasta el punto que la posibilidad de acceder a éstos es mayor entre los individuos cuya familia se implica en su asistencia, que entre los que no la tienen. No tener familia supone pues entrar en una doble situación de precariedad a la hora de cubrir sus

⁴⁸ Algunos autores sostienen precisamente en el ámbito de las personas mayores, que la independencia —la responsabilidad sobre la propia salud y sobre la propia vida— constituye uno de los valores centrales de la integridad individual. Las personas mayores buscan preservar su integridad a través de mantener el mayor tiempo posible su independencia (Lewinter, 2003)

⁴⁹ D. Comas d'Argemir y J. Roca, *op. cit.*, 1996; Qureshi, 1991 p. 59

⁵⁰ F. Lesermann y C. Martin, *op. cit.*, 1993, p. 261

necesidades asistenciales⁵¹. Es esto pues lo que se espera de los hijos: no tanto que les acoja en su casa, que abandonen sus responsabilidades para ocuparse de ellos, sino que les faciliten el acceso a los servicios externos, que los gestionen, que ejerzan un control sobre la calidad de la asistencia, que intervengan en la toma de decisiones y sobre todo, que les proporcionen un acompañamiento y un soporte afectivo (visitarles con frecuencia, hacerles compañía, tener atenciones con ellos, etc.) más difícil de cubrir con los dispositivos externos.

Si los individuos de las generaciones más mayores han debido adaptarse —unos mejor que otros— a las condiciones asistenciales que surgen a raíz de las transformaciones socio-económicas y del desarrollo del estado del bienestar, las generaciones más jóvenes, incluidas las de los abuelos «jóvenes», las asumen ya como parte integrante de sus propias biografías. Para ellos, la asistencia externa (pública o privada, formal o informal) constituye un elemento cotidiano de la sociedad, perfectamente integrado dentro de su concepción de las relaciones de solidaridad familiar y que es valorado no ya como la última solución sino como una opción más. A pesar de que el ideal romántico de ser asistidos por sus propios hijos directamente sigue existiendo, las expectativas reales sobre la propia asistencia ya no se construyen sobre los hijos. Ellos planifican su propia asistencia; ahorran y se preparan para decidir y controlar su asistencia en el momento en que la necesiten. Ésta ha dejado de ser para estas generaciones, una cosa «natural» y ha pasado a ser no solo el objeto de una negociación sino el objeto de una concienzuda planificación.

Los cambios generacionales de la representación de un vínculo

Si hasta ahora hemos visto cuales son las expectativas de la gente sobre su propia asistencia, su expresión debe ser considerada en conjunto con la «otra cara de la moneda», es decir, con las motivaciones de los individuos para proporcionar asistencia a alguien, o mejor dicho, las razones por las cuales los individuos aceptan asumir la asistencia de sus progenitores. Al margen de las posibilidades y capacidades reales para recibir y proporcionar asistencia, tanto las expectativas como las motivaciones para asistir están fundamentadas en unas construcciones culturales sobre el parentesco que ponen en juego las nociones de responsabilidad familiar. Cuales son los motivos por los cuales los hijos aceptan la responsabilidad de asistir a los padres? Sobre qué principios se basa el sentimiento de res-

⁵¹ K. Waerness, 1990, p. 123

ponsabilidad de una generación respecto de la otra? Como se justifica la negativa a proporcionar asistencia?

Es probablemente en el tema de la asistencia de las personas mayores donde el significado que tienen las relaciones sociales entre las distintas generaciones y las normas que las determinan se manifiestan de una forma más explícita. Dicho planteamiento no es nuevo. Los trabajos de sociólogos y antropólogos ingleses⁵² y franceses⁵³ han estado precisamente orientados sobre el análisis de los principios sobre los que se fundamentan las responsabilidades familiares. Los principios morales, los fundamentos biológicos, el interés, la norma social, el afecto, el compromiso y la negociación se mezclan de una forma tan compleja que hace casi imposible distinguir el peso de cada uno de ellos en la construcción de la responsabilidad familiar. Los actores muestran dicha complejidad en sus discursos, marcados por una mezcolanza de ideas y representaciones ideológicas que se expresan de diferente manera entre las distintas generaciones. La idea de asistencia como algo natural, como una cualidad con raíces biológicas se intercala con conceptos abstractos como amor y afecto, pero también con otros más concretos y bien definidos como reciprocidad, intercambio⁵⁴, o con otros como norma, deber moral y obligación, nada exentos de complejidad semántica. ¿Qué resulta de esta mezcla de ideas y conceptos?

Es bien conocido en la antropología, que en nuestra sociedad, el parentesco tiene precisamente en la sangre y la carne los símbolos culturales que definen los vínculos entre las personas y los valores que obligan a un determinado grupo de personas. La idea del vínculo biológico implica que determinadas relaciones sociales son también consideradas de alguna manera, naturales o innatas⁵⁵. El planteamiento biologicista legitima las expectativas de los padres sobre sus hijos para la asistencia en la vejez, como si los vínculos de sangre confiriesen a los hijos la obligación o el deber —también innato y natural— de cuidar a sus padres hasta su muerte. Los trabajos feministas han explicado también, a través de la perspectiva biologicista de las relaciones sociales, la interiorización por parte de las mujeres de su papel —socialmente asignado— de cuidadoras, hasta el

⁵² Sobre este tema ver J. Finch, *op. cit.*, 1989; N. Daniels, *op. cit* 1988; A. Walker, (ed.) *1 The new generational contract. Intergenerational relations, old age and welfare*. UCL press. University of Sheffield, 1996; Ungerson, 1990; J. Lewis y B. Meredith, *op. cit* 1988, entre otros.

⁵³ Ver C. Martin, *op. cit* 1995; L. Roussel, *op. cit* 1995; A. Pitrou, *op. cit.*, 1996, entre otros.

⁵⁴ A. Walker, *op. cit.*, 1996, p. 26.

⁵⁵ D. Comas d'Argermir y J. Roca, *op. cit* 1996.

punto de que éstas han construido su propia identidad a partir de ello⁵⁶. Esta idea está bien presente en la construcción cultural de las responsabilidades intergeneracionales ya que, aunque afecta a los hijos en general y también los hombres manifiestan un sentimiento de responsabilidad, son las mujeres las que instrumentalizan la asistencia y entre las que este sentimiento aparece de una forma más determinante.

Las razones por las cuales los hijos asumen (aceptan asumir) la responsabilidad de la asistencia de sus progenitores ancianos es una cuestión mucho más compleja. La idea del vínculo biológico como generador de las relaciones entre las generaciones no justifica por el mismo la existencia de un sentimiento de responsabilidad por parte de los hijos respecto de sus padres ancianos⁵⁷. De hecho, este sentimiento de responsabilidad no parece operar sobre la base de normas sociales prefijadas⁵⁸, ya sean éstas fundamentadas sobre unos principios biológicos o morales. Bastaría ver que la explicación biologicista o moralista de las responsabilidades familiares de proporcionar asistencia (que podría conceptualizarse como modelo tradicional⁵⁹) no puede explicar la trasgresión de esta obligación supuestamente natural de hijos y padres de asistirse mutuamente y por ello, la necesidad de regular a través de leyes las obligaciones de unas generaciones para con las otras⁶⁰. Los servicios sociales están bien familiarizados con casos de hijos que se desentienden de la asistencia de unos padres dependientes e incluso de maltratos a estos últimos.

En general, el sentimiento de responsabilidad se expresa a través de la idea de gratitud: la necesidad de «devolver» el favor a los padres por el hecho no ya de haberles dado la vida sino de haberles cuidado en la infancia y por haberles proporcionado lo necesario para poder convertirse en adultos. Todo esto crea un sentimiento de deuda que ha de ser devuelta cuando los padres necesitan ayuda. Sin embargo, esta gratitud a la que hacen alusión los discursos de los actores no es la expresión de un vínculo (biológico) que confiere a unos padres la obligación (moral) de cuidar de sus hijos en la infancia y el derecho a ser cuidados en la vejez. La asistencia de las personas mayores forma parte de la interacción social entre las generaciones; una interacción fundamentada sobre el intercambio de servicios, bienes y afecto, y por tanto, reguladas por las normas de la reciprocidad. Pero, como explica Segalen la reciprocidad que implica la noción de intercam-

⁵⁶ J. Lewis y B. Meredith, *op. cit* 1988; D. Comas d'Argemir y J. Roca, *op. cit* 1996.

⁵⁷ J. Finch, *op. cit* 1989, p. 221

⁵⁸ J. Finch y J. Mason, *op. cit* 1993 p.166; N. Daniels, *op. cit* , 1988

⁵⁹ D. Comas d'Argemir y J. Roca, *op. cit* 1996.

⁶⁰ En la ley francesa, como en la española, por ejemplo, se establece la obligación legal de mantener tanto a los hijos como a los padres cuando éstos no pueden valerse de sí mismos.

bio, no es ni inmediata ni idéntica, sino generalizada. Es una reciprocidad a largo plazo, que se va construyendo a lo largo del tiempo a través de la acumulación de intercambios. El sentimiento de deber hacia los padres no solo se crea porque ellos te han dado la vida, sino porque te han cuidado en la infancia y en la juventud y te siguen proporcionan ayuda incluso una vez adulto. En definitiva, este sentimiento se crea en virtud del intercambio que ha existido entre los hijos y los padres durante toda la vida. La interacción que representa el intercambio de bienes, servicios y afecto entre las distintas generaciones de la familia son un «continuum» que se inicia en el momento en el que nacen los hijos y se prolonga hasta la muerte de los padres y se reproduce de generación en generación. Este intercambio se convierte en «algo» que se puede medir, que se puede calcular y que, en definitiva, representa un elemento imprescindible en el proceso de asunción de la asistencia de los padres ancianos por parte de los hijos.

De esta manera, si la asistencia de los miembros más mayores de la familia está fundamentada, en gran medida, en las relaciones de intercambio basadas en el principio de la reciprocidad, es precisamente en la reciprocidad —es decir, en la confianza de que el favor será devuelto— sobre la que se generan las expectativas de los individuos sobre sus descendientes. Sin embargo, esta relación es más compleja de lo que parece, precisamente porque las relaciones intergeneracionales no se rigen por una lógica mercantilista (en la que el intercambio es inmediato). En efecto, no hay una certitud de que los servicios prestados serán o podrán ser devueltos en el futuro si no lo son inmediatamente⁶¹. En segundo lugar, los criterios de cálculo con los que se «mide» la interacción entre las generaciones (es decir, quien ha dado qué y cuanto tiene derecho a recibir o a reclamar) son totalmente subjetivos y muy variables. Calcular o evaluar la deuda —es decir, la ayuda que debe prestarse, tanto en servicios como en ayuda material, para devolver la recibida— es prácticamente imposible ya que está constituida por una multitud de pequeños gestos y sentimientos acumulados prácticamente imposibles de medir de una manera precisa⁶².

La norma de la reciprocidad varía en función de las características de la relación en función del tipo o naturaleza de la misma, duración y función⁶³. En este sentido, la ayuda de los padres en el cuidado y guarda de los hijos de los hijos es enormemente valorado por todas las generaciones

⁶¹ F. Bloch y M. Buisson, «La circulation du don entre générations, ou comment reçoit-on?» a *Communications* 59, 1994

⁶² B. Bawin-Legros, A. Gauthier y J.F. Stassen, *op. cit.*, 1995, p. 118

⁶³ T. C. Antonucci y J. S. Jackson, «The role of reciprocity in social support», a B. R. Sarason, I.G. Sarason y G.R. Pierce (eds.), *Social support: An interactional view*, John Wiley and Sons, New York, 1990, pp. 173-198.

y constituye uno de los primeros elementos (juntamente con los aspectos más psicológicos y de relación como el afecto, entendimiento, etc.) que intervienen en la definición de las actitudes hacia la asistencia de los progenitores ancianos. Que los abuelos hayan ayudado intensamente al cuidado a los nietos durante la infancia de éstos implica la existencia de un contacto frecuente entre padres e hijos adultos y la existencia también de unas relaciones afectivas intensas entre ambas generaciones. Es difícil que unos padres jóvenes quieran dejar a los abuelos al cuidado de los niños pequeños si entre los adultos de ambas generaciones no hay una buena relación. Así, la prestación de servicios y favores de los padres a los hijos adultos tiene un peso considerable a la hora de «devolver» estos servicios a través de la asistencia en caso de incapacidad o dependencia. Visto de ésta manera, la asistencia vendría a ser la etapa final de unas relaciones de solidaridad e intercambio entre las generaciones que operan a largo plazo y que están definidas por el principio de la reciprocidad. Es por ello que, según Antonucci y Jackson⁶⁴ las personas (y en concreto, la gente mayor) genera una especie de «banco» o reserva de ayuda⁶⁵ que permita garantizarles que van a recibir ayuda cuando lo necesiten. De hecho, la gente continua prestando ayuda a sus hijos mientras sus capacidades se lo permiten, y es únicamente cuando están en situación de dependencia que dejan de proporcionar ayuda a los otros. Esta idea del «support bank» implica que la gente calcula lo que da y lo que recibe, y ello indica, por tanto, que la noción de interés —tan denostada cuando es referida a las relaciones familiares, supuestamente construidas a partir del afecto y el amor— no es ajena a la dinámica de la solidaridad familiar. La asistencia de las personas mayores podría considerarse así, como el final de un proceso de reciprocidad a largo plazo, que supone una acumulación de servicios prestados y recibidos a lo largo de toda la vida. Un intercambio (una interacción que implica unas relaciones continuas y relativamente estables entre las generaciones, aunque no necesariamente unas relaciones afectivas).

No obstante, las relaciones de solidaridad entre las generaciones son asimétricas⁶⁶. Las obligaciones paternas son percibidas de otra manera que las obligaciones filiales. Según explica A. Pitrou, la diferencia entre la asistencia recibida durante la infancia y la recibida en la vejez es que ésta

⁶⁴ T. Antonucci y J. Jackson, *op. cit.*, 1990, p. 185

⁶⁵ Los autores han creado el concepto de *Social Support Bank*, como un «social support accounting framework constituting a lifetime of net investments and interests for the older individual» (T. Antonucci y J. Jackson, 1990, p. 190)

⁶⁶ N. Daniels, *op. cit.*, 1988, p. 29.

última es más consciente. Si el cuidado de los hijos aparece como un hecho totalmente «natural», la asistencia de los padres ancianos se considera objeto de reconocimiento por parte del destinatario, y de generosidad por parte del donante. Sin embargo, es cierto que, si bien los padres no tienen ninguna obligación de mantener la ayuda a los hijos una vez que éstos se han «independizado», existe una especie de reivindicación de esta ayuda por parte de los hijos⁶⁷. Pero además, también los padres se sienten en la obligación de ayudar a sus hijos siempre⁶⁸, al margen de la edad de éstos, de su situación familiar, recursos económicos y disposición de procurarse estos servicios por parte de otras personas, incluso al margen de la necesidad que los hijos tengan de recibir estos servicios. Muchos padres prestan ayuda a los hijos aunque esta ayuda no sea realmente necesaria. De hecho, entre las clases medias, la ayuda que prestan los padres va más encaminada a asegurar que los hijos puedan mantener un cierto nivel de vida (equivalente al que han tenido en la infancia) que no a una situación de necesidad. En este sentido, Attias— Donfut, Lapierre y Segalen⁶⁹ se refieren a «la dictadura del altruismo» o el altruismo excesivo como fuente importante de problemas entre las generaciones. Según los autores, en este tipo de solidaridad no demandada (ni necesaria), los límites entre la responsabilidad y la ingerencia no siempre son evidentes y por ello, con frecuencia mal tolerada —sobre todo por las generaciones más jóvenes—.

Para los hijos, el que sus padres les hayan criado en la infancia no implica que automáticamente éstos se sientan en deuda con los padres en el momento de la vejez de éstos. Es la relación continuada y fluida entre las generaciones la que va creando y reforzando el sentimiento de obligación de devolver el servicio, y el que, en gran parte, define lo que una persona puede esperar de otros miembros de su familia. Finch sostiene que la idea de responsabilidad que marca las relaciones familiares opera sobre la base de unos principios que son precisamente el de la reciprocidad y la independencia (principalmente). Dichos principios emergen cuando la gente negocia sus relaciones con la otra, definiendo que es lo que debe hacerse en circunstancias particulares. Los actores que intervienen en estas negociaciones tienen tras de sí un historial de relaciones interpersonales construidas a lo largo de muchos años de interacción y que, en la mayoría de casos, definen anticipadamente su futuro⁷⁰. Por esto mismo, un déficit de relaciones y de intercambio entre padres e hijos a partir de que éstos

⁶⁷ A. Pitrou, *op. cit.*, 1992, p. 92.

⁶⁸ J. Finch y J. Mason, *op. cit.*, 1993.

⁶⁹ Cl. Attias-Donfut, N. Lapierre y M. Segalen, *op. cit.*, 2001, pp. 120-121.

⁷⁰ J. Finch, *op. cit.*, 1989, p. 241.

últimos son adultos e independientes, se convierte en un elemento muy tenido en cuenta a la hora de «devolver el servicio» a los padres y su importancia se hace especialmente patente cuando habiendo estado éstos en disposición de ofrecer ayuda, no lo han hecho, o no han prestado la ayuda que se les ha requerido. Naturalmente, de la misma manera que la relación que los padres mantienen con sus hijos no es igual con todos ellos, tampoco se espera lo mismo de todos. Al margen de la consideración social de la asistencia como un trabajo esencialmente femenino, el hecho de que sean las hijas de quien se espera una mayor predisposición a asistir a los padres ancianos es también porque generalmente es con ellas con quien los padres (sobre todo las madres viudas) mantienen unas relaciones de intercambio más intensas (más que con los hijos varones). Por otra parte, tampoco la ayuda es medida en la misma balanza por padres y por hijos. La conocida frase «después de todo lo que hemos hecho por ellos» no siempre es percibida de la misma manera y lo que para unos ha representado un gran esfuerzo y sacrificio, para otros puede ser considerado simplemente «lo mínimo que podían hacer» o simplemente haber sido más una carga que una ayuda.

De cualquier manera, el principio de la reciprocidad «castiga» el egoísmo y el individualismo excesivo en el seno de la familia. La cohesión del grupo familiar pasa por el respeto a las normas que exigen una interacción constante y continuada, unas normas fundamentadas en gran medida por las relaciones de reciprocidad que implica el intercambio, y es precisamente en la asistencia en la vejez donde se manifiesta más claramente cual es —o cual ha sido— el nivel de cohesión familiar. Un intercambio muy intenso entre padres e hijos a lo largo de toda su vida predispone (y en cierta manera obliga) a los últimos a asumir el esfuerzo de la asistencia de los primeros en mayor grado que si la relación de intercambio ha sido débil. J. Lewis y B. Meredith (1988) observaban, en el caso inglés, que las mujeres que expresaban una mayor satisfacción en su experiencia como cuidadoras de sus madres, eran las que anteriormente habían mantenido unos vínculos y un nivel de intercambio de servicios muy intenso y continuado con ellas. Es quizás la interdependencia entre las relaciones de reciprocidad y la cohesión o integración del grupo familiar lo que hace que el «support bank» que describen Antonucci y Jackson, pueda darse únicamente en el interior de la familia. Las personas mayores van reduciendo el número de personas de las que pueden recibir ayuda hasta limitarlo a un círculo estrecho formado por el cónyuge y los hijos (y tal vez también los hermanos). Es este círculo reducido de gente de quien se espera recibir una ayuda en el momento en que existan necesidades asistenciales, y esto, sin que esperen recibir a su vez, una compensación ulterior.

El amor filial, este sentimiento abstracto —que entra también dentro de esta concepción biologicista de los vínculos familiares⁷¹— es también un elemento importante en los discursos sobre la construcción de la obligación de los hijos de cuidar a los padres. El discurso del afecto aparece incluso en los casos en que las relaciones entre padres e hijos están marcadas por el conflicto. Los ejemplos reales de un hombre de unos 40 años, padre de tres hijos y el de una mujer de 56 años, madre de dos hijos ya adultos puede ayudar a entender la complejidad del sentimiento de responsabilidad o obligación filial. Pedro y Fina (ambos habitantes de una ciudad mediana) describen sus relaciones con sus respectivas madres como un tipo de relación marcada por el egoísmo de las últimas y como consecuencia, una falta de afecto importante. En sus discursos, sus madres no han respetado las reglas del intercambio que exigen dar primero para poder exigir después. Sin embargo, aunque ambos afirman no profesar ningún sentimiento de «deber» respecto a sus madres (no les deben nada), los casos de Fina y de Pedro son bien distintos. Pedro no siente ningún sentimiento de remordimiento por el hecho de desentenderse de la asistencia de su madre, porque sabe que sus hermanas, con quienes su madre sí mantiene una relación más intensa, lo harán. En cambio, en el caso de Fina, su poca implicación en la asistencia de su madre (aunque sea ella quien le ha organizado el acceso a unos servicios asistenciales externos) le crea no pocos conflictos personales, ya que afirma quererla porque «después de todo, es mi madre». Esta frase es muy representativa de la asociación simbólica entre el sentimiento («le quiero») y el vínculo de sangre («es mi madre») que explica este sentimiento. Pero es realmente esto lo que crea a Fina el sentimiento de responsabilidad hacia su madre (en su caso, el remordimiento por no ocuparse suficientemente, o al menos, tal y como su madre desearía)? Algunos autores⁷² muestran de qué manera el sentimiento de deber encuentra su sentido en la construcción de una identidad moral que hace que la gente asuma una determinada responsabilidad en contra de su propio deseo de hacerlo. Ungerson, por ejemplo, muestra en su trabajo, de qué manera el sentimiento de deber, proveniente de una ideología concreta, como por ejemplo, la religión, puede ser más fuerte incluso que determinadas emociones (surgidas a raíz de una mala relación) que impedirían a una persona cuidar de otra⁷³. No hay duda que la influencia de la doctrina católica en la construcción de los principios morales de los deberes y derechos

⁷¹ Se suponen unos vínculos afectivos a partir de las relaciones de parentesco, y esto es especialmente claro en el caso de padres e hijos.

⁷² J. Finch y J. Mason, *op. cit.*, 1993; C. Ungerson, *op. cit.*, 1990; o N. Daniels, *op. cit.*, 1988.

⁷³ C. Ungerson, (ed.), «Commodified care work in European labour markets», *European Societies* 5/4, 1987, p. 90.

entre padres e hijos es necesariamente muy fuerte en una sociedad como la española, pero hay también otros factores a tomar en consideración. Volvemos aquí a la importancia del género en la construcción de las relaciones sociales y vemos de qué manera la representación social del rol femenino sigue la ideología biologicista en la construcción de los vínculos familiares. Así, a Pedro, el hecho de no proporcionar ayuda a su madre no le ocasiona ningún conflicto personal puesto que socialmente no se le exige dicha responsabilidad, teniendo ésta hijas. Falta saber cual sería su actitud para con su madre si ésta no tuviera hijas o si Pedro fuera hijo único. Para Fina, en cambio, el hecho de no proporcionar asistencia a su madre supone la trasgresión del rol social que se le ha asignado, tanto como hija (con la que existe un vínculo de sangre) como mujer, proveedora «natural» de asistencia.

El sentimiento de amor entre padres e hijos aparece también como un elemento básico en la construcción de las responsabilidades de los hijos hacia los padres. En cierta manera, la idea del amor entre padres e hijos integra los otros principios sobre los que se construyen las responsabilidades familiares: la idea biologicista de los vínculos de parentesco y la interacción entre las generaciones, a través precisamente de las relaciones de intercambio. Sin embargo, el concepto del amor se inserta en un contexto social y cultural concreto⁷⁴. Los vínculos afectivos entre padres e hijos son una construcción cultural de lo que «deben ser» las relaciones entre ellos, es decir, la expresión de una concepción cultural del parentesco. Así pues, las relaciones intergeneracionales son el fruto de una concepción de la familia que define una forma de entender las relaciones familiares, que en nuestra sociedad, aparecen marcadas por unos sentimientos «innatos», «naturales» entre padres e hijos que se manifiestan, paradójicamente, en el rechazo a la idea de obligación. No solo se espera de los hijos que le cuiden, sino que se espera que lo hagan «de buena voluntad»; sin sentirse obligados; porque quieren. Solo de ésta manera la dinámica de las relaciones intergeneracionales ha funcionado como debía, ya que el sentimiento de gratitud de los hijos significa que también los padres han sabido «dar» a los hijos. Como lo expresaba una viuda de 75 años, «según lo que les has dado, recibirás. Si no recibes, es una señal de que no has sabido dirigir bien la relación».

De «servir» a «cuidar»: la evolución de las actitudes

Las relaciones familiares se construyen y reconstruyen a lo largo de las generaciones, a través de la transmisión de una «cultura familiar» que

⁷⁴ J. Finch, *op. cit.*, 1989, p. 228.

permite la continuidad de determinadas actitudes, valores, creencias y comportamientos, pero a la vez, genera tensiones asociadas a las transformaciones de los modelos educativos y relacionales que hay en una generación y en otra⁷⁵. Entender la concepción de las relaciones actuales debe pasar pues por conocer cuales son estos modelos y como han cambiado a lo largo del tiempo.

Los individuos más mayores (los que tienen más de 70 años) han vivido durante un periodo de tiempo en el que las relaciones entre padres e hijos han estado marcadas por unos modelos relacionales basados en la autoridad de las generaciones mayores y el respeto y obediencia de las generaciones más jóvenes, así como por unas relaciones de pudor entre los sexos. La figura de los padres (sobre todo del padre) ha constituido un elemento muy importante de cohesión familiar por cuanto representaba la autoridad. Una autoridad que no se discutía y que marcaba un tipo de relación entre padres e hijos con un bajo nivel de confianza y comunicación⁷⁶. Los individuos de esta generación han asumido unos deberes, como miembros de una familia, definidos por unos modelos tradicionales: de división sexual, que ha relegado a la mujer al ámbito doméstico en el que el hombre estaba excluido y de relaciones entre sexos y generaciones basado en el pudor y las relaciones de desigualdad. Es significativo pues que sean los individuos de esta generación más mayor los que se refieren a la asistencia de los padres con la expresión de «servir» a los padres.

La idea de servitud en el ámbito de la asistencia no es nueva. En determinados estudios sobre la prestación de asistencia a ancianas por parte de las hijas, esta idea es asociada al sacrificio que supone para su propia vida el hecho de cuidar a una persona dependiente⁷⁷. Sin embargo, esta expresión puede tener, en nuestro contexto, otras interpretaciones. La denominación del hecho de asistir a los padres a través del término «servir» parece ser la expresión de un modelo de organización familiar en la que el asistente (el hijo, la generación joven) se encuentra en situación de subordinación respecto del asistido (el padre, la generación mayor). Este tipo de relación jerárquica habría caracterizado, en la sociedad tradicional, la interacción de las distintas generaciones en el interior del grupo doméstico. Una interacción basada en un modelo relacional y educativo en el que los hijos permanecen bajo la autoridad del padre tanto desde el punto de vista legal como social y económico.

⁷⁵ Cl. Attias-Donfut, N.Lapierre, M. Segalen, *op. cit.*, 2001 p. 140

⁷⁶ Sin olvidar que las relaciones entre padres e hijos en la España de la primera mitad del siglo XX, han estado inmersas en un contexto histórico difícil, como es la guerra civil y la posguerra

⁷⁷ J. Finch, *op. cit.*, 1989, p. 27

La idea de servidumbre en la asistencia podemos también buscarla en la naturaleza misma de la solidaridad familiar en el contexto de la sociedad tradicional. La expresión de «servir» a los padres desaparece de los discursos de los individuos más jóvenes (los que están entre los 60 y los 50 años), que es la generación que cataliza, de una forma más radical, el proceso de cambio. Los hijos dejan de caminar sobre las huellas de sus padres precisamente porque la transmisión (de los valores, de los modelos, de los comportamientos) no implica únicamente continuidad, sino que contiene también un sentido de dinamismo⁷⁸. A pesar de haber sido socializados en unos patrones educativos y relacionales bastante similares a los de sus padres, los individuos de esta generación intermedia se han encontrado, en cambio, con un contexto diferente, que ha originado la entrada de nuevos valores y nuevas concepciones sociales e ideológicas. Pero además, ha tenido que adaptarse a los cambios sociales de la generación más joven, la de sus hijos (los que ahora tienen entre 35 y 20 años), con quienes no han seguido ya el mismo modelo relacional que habían tenido con sus padres. Los individuos de estos grupos de edad más joven afirman compartir con sus padres más puntos de vista y más tiempo de ocio del que sus éstos afirman haber compartido con sus propios padres. Las relaciones entre ellos se caracterizan por ser más abiertas y no tan definidas por la autoridad, sino más igualitarias, donde el diálogo, la comunicación y la confianza eran más presentes en su relación cotidiana. Así, la socialización de la generación intermedia dentro del modelo tradicional choca fuertemente con la penetración de nuevos valores y modelos⁷⁹ que sitúan las relaciones afectivas (amor) y la libertad individual (expresada a través de la voluntad individual) en un ámbito más importante en la configuración de las relaciones intergeneracionales y familiares.

Incluso entre los más jóvenes de ésta generación (los que tienen entre 50 y 60 años), el sentimiento de responsabilidad de los hijos respecto a la asistencia de los padres no ha desaparecido, pero la idea de obligación da paso a la de gratitud, un concepto que representa la combinación equilibrada entre el afecto y la reciprocidad⁸⁰ y que expresa de una forma más clara, la importancia que la negociación tiene en el proceso asistencial. La representación de la asistencia como servidumbre se transforma por la expresión de cuidar, asistir, asociadas también a otras concepciones y en particular a

⁷⁸ Cl. Attias-Donfut, M. Segalen, *Le siècle des grands-parents*. Ed Autrement. Paris, 2001.

⁷⁹ La transmisión de los valores y los modelos de comportamiento no es unidireccional, y tan importante es la que va de las generaciones más mayores a las más jóvenes como la que va de las más jóvenes a las más mayores.

⁸⁰ A. Walker, *op. cit.*, 1996. p.26; J. Lewis y B. Meredith, *op. cit.*, 1988, p. 6

la idea del afecto y del amor. La asistencia ha dejado de asumirse como «lo que debe hacerse» y ha pasado a hacerse «porque se quiere hacer».

Si las actitudes respecto a las otras generaciones cambian, también lo hacen las propias expectativas. Las ideas de voluntad y de libertad parecen encajar mal con la concepción tradicional de las relaciones familiares del pasado, en la que la asistencia a las personas mayores se asumía como una función «natural» de la familia y donde la voluntad individual ni siquiera entraba en una escena donde las responsabilidades se asumían como «lo que debe hacerse». Si, entre las mujeres de la generación intermedia —que es la que integra a la vez los viejos y nuevos valores— la idea de «su» voluntad individual no aparece casi nunca cuando se trata de la asistencia de sus padres, los discursos sobre las expectativas de la propia asistencia están precisamente marcados por el respeto a esta libertad de los hijos de decidir si quieren hacerlo o no. Las mujeres de la generación intermedia ya no perciben su propia asistencia como una función que debe ser asumida por sus hijos de una manera incondicional, ni por el hecho de existir unos vínculos biológicos ni como parte de las tareas que les son socialmente asignadas como mujeres, sino que debe ser algo negociado, que dependerá de la capacidad y la voluntad de los hijos de proporcionar la asistencia. La transmisión de los valores de la solidaridad intergeneracional no está fundado ya sobre el respeto a unas normas y valores, sino integrando el respeto a la libertad y a la individualidad de los hijos. Ello no significa que para las generaciones más mayores la asistencia de sus progenitores haya respondido únicamente al acatamiento —más o menos— estricto a unas normas morales y sociales. Si las relaciones de parentesco crean derechos y obligaciones morales de las que no se puede «escapar», éstas no son ni prefijadas ni rígidas, sino que constituyen un marco flexible, modelado por las fuerzas culturales, sociales y económicas⁸¹. Un contexto histórico marcado por un sistema público de asistencia inexistente y un contexto social y económico en el que la mujer está excluida del ámbito laboral dejaban pocas opciones. Además, el cambio de valores que se ha generado en la concepción de las responsabilidades familiares y en las actitudes hacia la asistencia de los ancianos deja ver su influencia incluso en las generaciones más mayores a través de sus actitudes hacia su propia asistencia en el mismo presente o en un futuro muy inmediato. No hay duda que la existencia de los servicios de asistencia pública han liberado a la familia de una gran parte de estas responsabilidades familiares y es evidente que ha sido un factor de decisiva influencia en la transformación de las actitudes sociales hacia la asistencia de las personas mayores, concretamente hacia las expectativas de asistir y de ser asistido.

⁸¹ M. Segalen, *op. cit.*.1981 p. 107